

Amanda Alves

Un día más de vida



© 2018 Amanda Alves
© Ilustración de cubierta: Alba Alcaraz (CupCanvas)
Primera edición: noviembre 2018

Derechos de edición en español reservados para todo el mundo.

© 2018, Ayaxia Ediciones
www.ayaxiaediciones.com

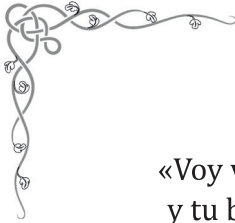
ISBN: 978-84-947717-8-1

Depósito Legal: M-35926-2018

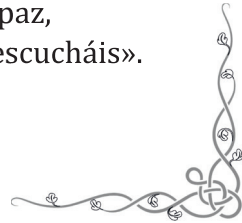
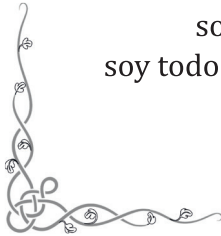
Impreso en España.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 47).

*A mi padre, por ser mi guía.
A Fran, por ser mi Guardián.
A mi familia, por confiar en mí,
tanto la de sangre como la elegida. Os quiero.*



«Voy vagando por tus calles
y tu barrio desde siempre,
soy amigo de tu sombra
porque tú no puedes verme,
soy hermano de tu historia,
vivo en medio de tu gente
de la mano de tu tierra
te enseña a ser como eres [...]
Déjame que susurre mi ira en tu oído,
puede ser que hasta sientas un escalofrío,
déjame que te pueda cantar
lo que nunca debí de callarme contigo.
Soy tu cara y tu cruz,
soy tu guerra y tu paz,
soy todo lo que aquí me escucháis».



Comparsa *El Espíritu de Cádiz*,
de Tino Tovar Verdejo.

Capítulo 1



A Jon no le dio tiempo de pensar las consecuencias de sus actos. Casi nunca lo hacía. Su madre estaba harta de advertirle que no podía ser tan impulsivo, que tenía que pensar las cosas dos, y hasta tres veces si fuera necesario antes de hacer nada. Pero él no escuchaba. No estaba en su naturaleza. Una vez le dio un puñetazo al exnovio de su hermana por insultarla y humillarla delante de medio instituto. El chico no lo vio venir, pero él tampoco vio a los amigos y hermanos de este cuando se abalanzaron sobre él dos días después. Tampoco pensó cuando vio a un hombre robar en la tienda al lado de su casa. Salió detrás de él como si de un policía se tratase, aunque nunca lo alcanzó. Así era Jon, un chico joven, atlético y simpático que siempre estaba en su mundo. No tenía amigos, solo conocidos con los que de vez en cuando salía a tomar una copa, y en cuanto a las chicas... De vez en cuando quedaba con alguna, pero nunca llegaba a mantener ninguna amistad. Era el típico amigo de todos a la vista de los demás, pero que en realidad no lo era de nadie.

No conocía a la chica que acababa de empujar. De hecho, no logró ni verle la cara. Claro que era normal si le acababa de empujar por la espalda sin que ella fuera consciente de ello.

Todo ocurrió demasiado deprisa: actuó y luego notó el golpe en el costado. También sintió el crujir de sus costillas, causándole un dolor inmenso. Abrió los ojos como pudo. Vio a la chica tirada en el asfalto y a un hombre yendo a socorrerle. Un poco más a su izquierda pudo ver un coche estampado contra un escaparate y un grupo de gente que llamaba por teléfono mientras lloraba. Por último, vislumbró la sonrisa más bonita de todas mientras el mundo se oscurecía a su alrededor; la sonrisa de su madre. No vio nada más. El mundo se apagó y todo se volvió negro.



El hospital estaba lleno de personas que habían visto el accidente y que deseaban saber qué había pasado con aquel héroe desconocido. Un policía tuvo que pedirles que se marcharan para que no colapsaran la parte de urgencias.

—¡Por favor, díganme algo! —gritó Lena.

—Señorita, ahora mismo están tratando de ayudarle, pero, por favor, déjeme curarle la herida de la cabeza —rogó la enfermera.

El agente se acercó a ella, devolviéndole el libro que llevaba en la mano cuando cayó al suelo. Luego empezó a preguntarle.

—Sé que está preocupada, pero es necesario que me cuente qué ha ocurrido exactamente.

—Yo... no lo sé —dijo mientras se limpiaba las lágrimas—. Estaba cruzando la carretera... por donde no debía... y noté un fuerte empujón por detrás. Llevaba puestos los auriculares y no oí el coche que venía a toda velocidad girando aquella esquina. Cuando caí al suelo me golpeé la cabeza con el bordillo y vi gente corriendo hacia el lugar donde había estado yo hacía un segundo. Un hombre se acercó a mí corriendo y me ayudó a levantarme. Cuando me puse en pie... yo... le vi ahí tirado... y-yo... Lo siento tanto...

El policía le tendió un pañuelo y abrió los brazos para que pudiera sollozar en ellos, pero se apartó porque, en ese instante, entró un médico con otra camilla. En ella estaba el cuerpo de un chico, o al menos eso parecía. No se le podía ver la cara.



Jon estaba pensando en su madre, en su hermana, en su padre, en su perro, en todo lo que componía su vida. En cada sonrisa, en cada lágrima. En todo. Hasta que se dio cuenta de que estaba sumergido en una especie de sueño del que tenía muchas ganas de despertar.

Abrió los ojos. Esperaba encontrar su habitación, como cada mañana, pero esta vez la estampa era bastante diferente. Vio a un montón de gente con ropa extraña... «¿Médicos? Sí, médicos», dedujo. Observó que hacían algo justo donde él estaba sentado y siguió sus

angustiosas miradas con la suya. Giró la cabeza poco a poco mientras los médicos se gritaban y maldecían por lo bajo. Todo aquello le estaba dando muy mala espina. Siempre había dicho que era valiente, pero no pudo evitar saltar de su lecho mientras chillaba de puro terror al verse a sí mismo, demacrado, en la camilla de un hospital, mientras varios médicos intentaban reanimarlo. El pitido continuado indicaba que ya no había nada que hacer. Hora de la muerte: 17:30.



La cara con la que el médico se dirigía a ella no era esperanzadora, pero ella seguía rezando al aire. Cuando estuvo lo bastante cerca supo, por su mirada entristecida, que no lo habían conseguido. No lo habían podido salvar. El héroe que acababa de salvarle la vida había muerto. Jamás podría darle las gracias. El sentimiento de culpa se quedaría con ella para la eternidad. Otra cosa que añadir a la lista.

—Lo sentimos, no hemos podido salvarle —se lamentó el cirujano.

—¿Podría decirme cuántos años tenía? —Quería por lo menos imaginárselo, para tener alguna referencia de aquella persona.

—Veintiuno —dijo el médico agachando la cabeza. Podía notar cómo se maldecía y apretaba los puños con rabia.

Lena se fue a casa cabizbaja. Pasó justo por donde el chico le había salvado la vida. Ahora no había ras-

tro de gente ni había ningún coche. El único vestigio de aquella tragedia era el cristal roto del escaparate donde ese maldito seiscientos había chocado.

Entró en su casa con miedo, pero por suerte no había nadie. Se metió en la ducha y lloró hasta que no le quedaron lágrimas que derramar.



No podía creer lo que veía. Tapaban su cuerpo con una sábana mientras un médico salía del quirófano.

—Pobrecito...

—Era tan joven...

—Es un héroe, ha salvado a una chica.

—Sí, es curioso cómo funciona la vida. Uno de los dos debía morir y le ha tocado a él...

Los médicos se quitaban los guantes y se abrazaban tristemente. Jon sentía que le faltaba el aire, hecho que le parecía ridículo ¿Acaso no estaba muerto? ¿Por qué estaba asustado? ¿Por qué sentía emociones? Se puso a dar vueltas sobre sí mismo. No sabía si salir del quirófano o quedarse ahí. Nunca había estado muerto. ¿Qué se suponía que debía hacer? Jon nunca había creído en los espíritus ni pensaba que hubiera una vida después de la muerte. Siempre decía que estaba claro que cuando llegaba la hora simplemente dejabas de existir: ya no pensabas, ya no sentías, ya no estabas en el mundo. Desaparecías sin más. Como antes de llegar al él. No obstante, ahora tenía la ligera sensación de

que no estaba en lo cierto, y eso le asustaba. Si estaba muerto quería no existir, pero ¿otra vida? No podía ser.

Entonces vio a una mujer muy bien vestida para ser médico: una falda de tubo blanca y una blusa gris. Era alta, rubia, y llevaba un maletín negro. La miró sin comprender cómo una mujer vestida de calle podía entrar sin más en un quirófano. Entonces se dio cuenta: la mujer le estaba mirando, pero no al cuerpo físico que se hallaba postrado en la camilla, sino a él, a su espíritu, a su yo de ahora.

Él no podía dejar de mirarla con cara de pánico. Ella debió de darse cuenta, porque enseguida le dedicó una cálida sonrisa. Jon no sabía si debía acercarse a ella, pero sus pies empezaron a andar solos, tal vez porque, en el fondo, necesitaba a alguien que le dijera qué debía hacer ahora, cómo podía salir de aquella pesadilla. La mujer le esperaba, paciente, mientras él avanzaba lentamente hasta que se encontró a unos cincuenta centímetros de ella.

—¿Hola?

—Hola, Jon —contestó la mujer.

Soltó un alarido y volvió sobre sus pasos hacia donde estaba su cuerpo.

—Tranquilo, no pasa nada. Es normal que te sientas confuso, les pasa a todos —dijo sonriendo—. Tómate tu tiempo.

—Y-yo... ¿Dónde estoy?

—Pues en el hospital, claro.

—S-sí, eso ya lo veo, pero... nadie me ve, ¿por qué tú sí?

—Porque estás muerto, Jon.



Lena se tiró en la cama con su libro y pensó en todo lo ocurrido. No dejaba de culparse por ello. Ojalá hubiese conocido a ese chico, ojalá hubiera podido darle las gracias. Ahora ya no podía... ¿o tal vez sí?

«Tiene que tener familia», se dijo. Si conseguía averiguar dónde vivía, tal vez podría hablar con ellos, decirles que su hijo era un héroe y... pedirles perdón. Necesitaba hacerlo. Incluso podría ir a visitarle al cementerio. ¡Sí! Así podría hablar con él. Por lo menos lo intentaría.

Estaba pensando cómo podía descubrir quién era su héroe cuando escuchó la puerta de su casa. «Oh, no», pensó Lena. Abrió despacio la puerta de su habitación y vio a su padre con una mujer. «¿Otra? Oh, Dios». Cerró la puerta automáticamente y oyó cómo su padre iba chocándose con todos los muebles de la casa. Se puso los auriculares y decidió seguir pensando en lo que le importaba en ese momento cuando alguien abrió ferrozmente la puerta.

—Vaya —dijo la voz de una mujer totalmente ebria—, esto no es el baño. ¡Uy!, ¿y tú quién eres?

Lena se levantó de golpe y empujó a esa mujer fuera de su territorio. Lo hizo con delicadeza, pero ella llevaba tacones y no paraba de dar vueltas, así que se dio de bruces contra el suelo. Lena empezó a temblar. Su padre lo había visto e iba corriendo a por ella. Tuvo suerte de cerrar y echar el pestillo a tiempo. Él empezó a aporrear la puerta.

—¡Sal de ahí, niñata! —gritó—. ¡Abre o verás la que te espera!

—Déjala, amor, vamos a la habitación.

En ese momento, Lena llegó a amar a esa mujer por las palabras que acababa de decir. Su padre le hizo caso y dejó de intentar tirar la puerta abajo. El ruido se alejó y Lena volvió a ponerse los auriculares mientras se encogía en su cama y lloraba desconsoladamente.



Jon se tiró un buen rato quieto, asimilando lo que estaba pasando a su alrededor. Cuando se le pasó ese estado de terror en el que se encontraba se acercó a la mujer.

—Vale. Estoy muerto. Entendido. Soy Jon, aunque bueno, ya lo sabías, ¿no?

La mujer sonrió y le tendió la mano en señal de saludo.

—Lo sé. Yo soy Janet, tu guía.

—Bien, Janet. Bonito nombre. Bueno, creo que tenemos mucho de qué hablar, o por lo menos yo tengo mucho que entender y necesito a alguien que me lo explique.

—Claro, cielo. Para eso mismo estoy yo aquí. Te lo explicaré todo de camino, pero vamos al baño a cambiarte de ropa. No querrás ir andando por ahí con esa horrible bata ¿verdad?

—Esto... Claro, supongo, pero, Janet... —dijo mientras se dirigían al baño.

—¿Sí?

—¿De camino a dónde?

—Al Más Allá, por supuesto.

Capítulo 2



Jon se puso la ropa que Janet le había dejado en el cuarto de baño y salió a su encuentro. Veía a los médicos ir de un lado a otro, a las familias esperando impacientes. Se preguntaba si la suya sabría lo ocurrido. No le dio tiempo a apenarse porque Janet le puso la mano en el hombro y le sonrió, como si supiera lo que estaba pasando por su cabeza en ese momento.

—Dime, Janet. ¿Qué ocurrirá con mi familia?

—Oh, cielo... Lo pasarán muy mal, es normal, pero no entristezcas; la vida continúa y lo superarán. Todo el mundo lo hace. Bueno, casi todo el mundo —dijo con la mirada perdida. Luego continuó—: ¿No crees que el hecho de que no sufrieran por tu pérdida sería realmente triste? No tener a nadie que te recuerde o a nadie que te quiera es lo peor que te puede pasar. Esto demuestra que no estás solo.

—Jamás volveré a verlos... Al menos hasta que ellos mueran...

—Eso no es cierto. —Le echó una mirada burlesca—. No pienses que estar aquí es tan malo, Jon.

Hay mucho que hacer, mucho que enseñarte, así que apresurémonos.

Se pusieron en marcha rápidamente, tanto, que Jon tuvo que dejar sus dudas para más tarde. Janet saludaba a otros «compañeros de trabajo» que iban y venían con gente como Jon, perdida.

—¿Cómo los diferencias de los vivos?

—Bueno, cuando conoces a alguien lo saludas, ¿no? Pues esto es igual. De todas formas, cuando llevas mucho tiempo aquí sabes diferenciarlos sin problemas.

Anduvieron a través del hospital durante diez minutos. El chico se fijó en que en varios pasillos había una especie de puerta que no tenía marco. Era de color negro y tenía un letrero que decía: «Sala de los Silencios». Se imaginó que eso no pertenecía al mundo de los vivos y no pudo evitar formular otra pregunta.

—Esto... Janet —dijo tratando de no parecer muy pesado

—¿Sí, Jon?

—No he podido evitar fijarme en esas puertas. Las negras con un letrero algo siniestro. ¿Qué son?

—Es imposible no fijarse en ellas, ¿no crees? Son algo siniestras, la verdad. Verás, es importante que sepas —dijo frenando en seco y mirándole a los ojos— que nunca debes entrar ahí: está prohibido. La Sala de los Silencios está reservada para almas en duelo, solo y exclusivamente para ellas.

—¿Almas en duelo? ¿Quieres decir que...?

—Que son almas que aún no están en el Más Allá, pero que tampoco están vivas. Son personas que se debaten entre la vida y la muerte. Pasan a esta sala

cuando tienen la opción de seguir luchando o de morir, según las fuerzas que tengan y lo que deseen realmente.

—Eso es una tontería ¿Quién desearía morir?

—Aunque no lo creas, hay mucha gente que no quiere luchar. Personas mayores que solo quieren volver a reunirse con sus almas gemelas, personas que llevan mucho tiempo sufriendo una horrible enfermedad...

—Vaya, claro... Lo siento, no había pensado en ello. ¿Qué pasa si se entra ahí?

—No lo sé. —Volvió a ponerse en marcha.

—¿No lo sabes?

—No, ni quiero. Está prohibido entrar. Nadie lo sabe. Excepto los jefes, claro.

—¿Quiénes son los jefes? ¿Dios? ¿Existen el cielo y el infierno?

—Jon, por favor. Todo a su debido tiempo. Y en cuanto al cielo y al infierno, digamos que se les puede llamar así, aunque no son como tú lo imaginas.



Lena se quedó en su habitación hasta que escuchó que su padre y aquella mujer se iban por donde habían llegado. Salió para hacerse algo de comer. Cuando estaba nerviosa le daba por atiborrarse de comida. De camino a la cocina vio la foto de su madre en una estantería. La cogió y se la llevó al pecho.

—Mamá, te echo tanto de menos —dijo al aire con voz entrecortada.

La madre de Lena había muerto cuando esta tenía diez años. El sida se la llevó, y no precisamente por culpa de ella. Madre e hijos habían tenido que aguantar a un padre alcohólico y maltratador toda su vida. Lena pensaba que su madre estaba mejor muerta que viva y ella luchaba por sobrevivir y salir pronto de esa casa infernal. Había encontrado un trabajo, pero no ganaba lo suficiente para huir y llevarse consigo a su hermano menor. Henry tenía dieciséis años; se llevaban cuatro, así que, cuando su madre los dejó, ella tuvo que hacerse cargo de él, de que estuviera lejos de casa el mayor tiempo posible y de simular una vida normal para que no se lo llevaran lejos de ella. Su día a día no era fácil, pero intentaba sobrellevarlo como podía. Cada vez que se acostaba en la cama, pensaba: «Un día menos». Aunque esa noche lo pensaría al revés: «Un día más».

Su hermano entró por la puerta en ese momento.

—Hola, Le. —Tenía la costumbre de llamarla por un diminutivo a pesar de que su nombre en sí era corto—. ¿Está aquí?

—No, no está.

Henry se fijó en la brecha que tenía en la frente.

—¿Qué es eso? ¿Qué te ha pasado? ¿Ha sido él? Porque te juro que...

—Tranquilo, Henry —interrumpió mientras sonreía débilmente—. No ha sido él, aunque ojalá lo hubiera sido.

—¿Por qué dices eso?

Lena le explicó lo sucedido mientras lloraba desconsoladamente y Henry la abrazó. Sus vidas estaban

llenas de desgracias, y parecía que iba a seguir siendo así. Toda la mala suerte del mundo la tenían ellos.

—Siento tanto no haber estado allí. ¿Por qué no me llamaron del hospital?

—Les dije que no lo hicieran. No quería que me vieras así ni sumaras esa carga a tu espalda. Deberías estar disfrutando de tu adolescencia. Debería estar sacándote de todos los problemas.

—Shhh, shhh —la calmó Henry—. Tú no tienes que hacer nada, Lena. Me queda poco para acabar el instituto y pronto empezaré a buscar trabajo. Nos iremos. Juntos.

Henry era tan maduro que no aparentaba la edad que tenía. Además, tenía los genes de su padre: alto, fuerte y rubio, de ojos negros, parecía mayor que Lena, que había sacado los genes de su madre: bajita, pelirroja, de pelo rizado y con pecas que hacían resaltar sus ojos verdes.

Lena había estudiado para ser Técnico Superior en Guía, Información y Asistencias Turísticas y, además, tenía conocimientos de inglés, francés y alemán. Lo había hecho de manera autodidacta, pero no había hecho la formación en el centro de trabajo obligatorio porque tenía que irse al pueblo de al lado y no tenía dinero para trasladarse. De ahí que trabajara en una cafetería donde no llegaba ni a una cuarta parte del salario mínimo. Pero si quería terminar sus estudios para sacar a su hermano de ahí, debía aceptar lo que fuese.

Cuando terminó de comerse el sándwich que se había hecho, se fue a su habitación y, de nuevo, oyó que su padre llegaba. Se apresuró a echar el pestillo de su

puerta y se sentó en la cama, atenta. Henry le dijo algo que no logró entender, pero sí que escuchó a su padre dar voces y tirar cosas al suelo. No se le entendía nada. De repente, escuchó a Henry.

—¡Has roto la escultura que pintó mamá!

No podía ser. A su madre le gustaba pintar pequeñas esculturas. Su favorita era un ángel. Henry la había escondido en su cuarto para protegerla de las manos de su padre.

—¿Por qué has entrado en mi habitación? —chilló—. ¡Maldito hijo de puta!

Se escucharon golpes y Lena notó que un cuerpo chocaba con algo. Salió corriendo de su escondite para auxiliar a su hermano, que estaba apoyado en la pared con el puño de su padre en alto. Otra vez. Lena se abalanzó sobre su padre, agarrándole la cabeza. Este la empujó hacia atrás, pero Henry se había deshecho de su padre y le empujó hacia un lado, en busca de su hermana. La levantó por el brazo y la sacó de allí.

—Vámonos, corre. Volveremos cuando se quede dormido de tanto alcohol.

Y juntos, como siempre, salieron a esconderse del horror a la oscuridad de la noche.

—¿Por qué entras al trapo, Henry? —le recriminó cuando estuvieron lo suficientemente lejos—. ¿Eres consciente de que si los vecinos nos oyen llamarán a la policía? Y tú eres menor, te alejaran de mí.

—Era el ángel de mamá...

Y Lena dejó de ver al chico de dieciséis años: ahora veía a un hermano de seis años horrorizado por la muerte de su madre, paralizado por ver a su hermana

tirada en el suelo con un moratón en la pierna. Aterro-
rizado. Se abrazaron y lloraron juntos. Siempre juntos.



Llegaron a los ascensores del hospital. Janet cogió una tarjeta y la paseó entre dos de ellos, como si tuvieran una especie de sensor o un lector de tarjetas que lo identificara. Comenzaron a separarse milagrosamente, y Jon entró en estado de pánico, de nuevo. No hacía más que mirar a los vivos, temiendo que notaran lo que estaba sucediendo ante sus ojos, pero nadie parecía ver ni oír nada. Janet miró de reojo a Jon y sonrió. Le encantaba su trabajo: amaba la cara de sorpresa de cada uno de los Confusos a los que le tocaba recoger. Los llamaban así porque la palabra «muertos» les parecía realmente ofensiva. Ahí nadie estaba muerto.

Como si de magia se tratara, un ascensor de cristal asomó por el hueco donde antes había dos ascensores grises de hospital.

—Increíble... —dijo Jon, asombrado—. Es realmente impresionante. Jamás podía haber imaginado algo así.

—No es tan malo fallecer. Este mundo es genial, ya lo verás. ¿Subimos? —Le ofreció la mano.

—Claro.

Jon subió a él con cautela. Tenía la sensación de que podía romperse bajo sus pies en cualquier momento. Observó los dos únicos botones del ascensor: subir y bajar. No había más. Janet pulsó el botón de subir y el

ascensor empezó a elevarse por encima de todo, hasta que salió del hospital. Jon no tenía miedo a las alturas, así que disfrutó ese momento como la primera vez que se montó en una montaña rusa con sus padres. Sintió la adrenalina al ver toda su ciudad, al ver cómo todo iba encogiéndose ante sus ojos azules.

—Oye, tengo otra pregunta. Bueno, en realidad tengo muchísimas.

—Dime la que te reconcome en este instante.

—Si estoy muerto, ¿por qué tengo emociones?

—Es una sabia pregunta, Jon. Verás, realmente no estás muerto, simplemente has Ascendido. Has pasado a una mejor vida donde vivirás sin preocupaciones, aunque tendrás responsabilidades. Aquí ya no morirás, en cierto modo, aunque este no es el fin, Jon. El Ascenso es otra parte más de la vida.

—¿Quieres decir que hay más después del... Ascenso?

—Exactamente. Pero no te preocupes por eso ahora, todavía queda mucho para ese momento. Primero aprende lo que es esto. No quieras ir demasiado deprisa. Cuando uno nace no piensa en la muerte, ¿verdad?

—Sí, perdón. Es que todo esto es tan... indescribible. Jamás pensé que esto pudiera existir. Es como si no hubiera muerto. Bueno, ya me has dicho que no he muerto... Tú ya me entiendes.

Ambos rieron a carcajadas mientras el ascensor seguía subiendo. Jon había dejado de lado la tristeza y el miedo. Se sentía excitado, nervioso, feliz de saber que había más después de la muerte. Estaba ansioso por saber qué había en el Más Allá.